

## **Algunas Consideraciones sobre el Quehacer de la Etnohistoria en México**

TERESA ROJAS RABIELA

No es mi intención exponer aquí un detallado recuento de los proyectos que en el campo de la investigación etnohistórica se han realizado en México, aunque ellos son, sin lugar a dudas, mi punto de referencia en todo momento. Lo que pretendo en cambio es presentar una muy breve relación de los motivos e intenciones que actualmente guían nuestro quehacer y de los caminos que ensayamos. Y cuando digo nuestro me refiero no a todos los etnohistoriadores mexicanos sino sobre todo al grupo que trabajamos en el CISINAH (Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia).

El oficio del etnohistoriador, como el del antropólogo social, se ejerce fundamentalmente mediante la investigación y no a través de la aplicación de fórmulas comprobadas o supuestamente eficaces para resolver determinados problemas. Es en este sentido que el quehacer antropológico tiene más que ver con las ciencias básicas que con las aplicadas, pues los problemas a los que se enfrenta requieren de descripción y análisis rigurosos (Warman 1976). Sin embargo y en la medida en que la historia se ha manipulado políticamente, imponiendo visiones prejudiciales y simplistas al servicio de políticas estatales (partidarias, misioneras...) en la educación, en la extensión agrícola, en el lenguaje o en el reparto agrario, el quehacer del etnohistoriador o el del antropólogo, rebasa los límites de lo puramente académico (en su sentido acéptico), y entra de lleno en el terreno de lo político y del compromiso.

En México, los límites entre la llamada etnohistoria (término acuñado en los Estados Unidos) y la historia se han

trazado en la práctica de las disciplinas y de sus antecesoras (la historia antigua en el caso de la etnohistoria). El siglo XVI y los siglos anteriores documentados han sido, de hecho, la especialización más importante de los etnohistoriadores en México: es en esa etapa donde han concentrado sus esfuerzos. La riqueza y variedad del material documental y el interés por estudiar el periodo prehispánico y el de transición colonial, han sido las explicaciones más frecuentes para esta especialización. Sin embargo, algunos de nosotros hemos hecho explícita nuestra "vocación" por la historia indígena y campesina del país, más que por la historia prehispánica, interesados en captar así el proceso histórico indígena en su más largo glazo (cf. Reyes 1979).

La historia indígena se ha mitificado y deformado de diversas maneras. Entre las más socorridas en nuestros países colonizados han estado, sin duda, las tres siguientes: la preferencia sistemática por determinados temas y su tratamiento detallista y reiterativo; la omisión o deformación de otros y, por último, la simplificación y adjetivación de la realidad.

*La preferencia* ha sido por la "historia política" (que no por la política) y por los temas "culturales" y "espirituales".

*La omisión* ha sido de los temas socioeconómicos y de los procesos de resistencia. Esta ignorancia no ha hecho sino ocultar la destrucción de las bases económicas que han mantenido e identificado a las sociedades campesinas y la relación que éstas guardan con los aspectos que sí se han considerado (Florescano 1977:8).

*La simplificación y adjetivación de la realidad compleja* no ha sido sino una forma de prejuicio, que la ha hecho aparecer como sencilla, arcaica, primitiva en el orden social, económico etc. (aunque no en el religioso).

Al asumir críticamente nuestra añeja tradición historiográfica, antigua de varios siglos y herencia de la más pura cepa colonial, los etnohistoriadores mexicanos hemos heredado sus dos temas consentidos y continuado su forma preferida de abordarlos: la minucia y la explicación circular, divorciados y en conflicto con las bases económicas, sociales y políticas.

El uso, igualmente acrítico y reiterativo de las mismas fuentes, las que se ha dado en llamar "fuentes tradicionales", casi todas hijas legítimas del mismo padre colonial, han contribuido en no poco a esta viciada situación, hasta producir la impresión falaz de contar ya con un cuadro acabado de la realidad de los pueblos indígenas en el cual, lo que en todo caso falta, son algunos "detalles". Cuestiones tan importantes como el problema de la relación entre el estado y las "co-

munidades", la agricultura y el regadío, la estructura social o los relaciones de producción en la época prehispánica por ejemplo, o bien se ignoran o se consideran ya tratadas al dedicarle unos cuanto párrafos.

El sólo acudir al recurso de examinar una y otra vez las fuentes tradicionales generalizantes producidas por los vendedores, hijos de su tiempo, sus intereses y sus prejuicios: los conquistadores, los frailes, los burócratas y los encomenderos, la investigación había entrado en un callejón sin salida (en el que aún deambulan un buen número de investigadores).

La contraparte de esta nuestra herencia historiográfica colonial es la escasa atención puesta en los temas socioeconómicos y en los procesos de resistencia de los grupos dominados. Los "huecos" en estos campos, que no el conocimiento, se habían querido suplir con calificativos, simplificaciones y argumentos falaces cuyas premisas están basadas en la ignorancia o en vulgares errores. La falta de investigación en estos terrenos se ha pretendido justificar con el argumento de la "falta de datos", la "carencia de fuentes", sin tomar en cuenta que sus deficiencias pueden ser suplidas, como lo han sido respecto a otras civilizaciones "... más antiguas y con iguales o peores deficiencias en la falta de testimonios directos [pero en las que] se han producido espléndidos estudios económicos y sociales que además arrojan luz clara sobre las instituciones políticas y las formas de vida de esos pueblos." (Florescano 1977:4). Es decir que las deficiencias (genéticas) de las fuentes pueden ser subsanadas, lo mismo que éstas pueden reexaminarse teniendo en mente los problemas y las preguntas teóricas pertinentes.

La recuperación crítica de la historia compleja de los grupos dominados, su desmistificación, ha requerido emprender precisamente esas dos acciones. En primer lugar, la crítica de las fuentes tradicionales generalizantes (del tipo de Durán, Zorita, Torquemada, etc.) y de sus elaboraciones posteriores (de los historiadores modernos y contemporáneos), y en segundo, la búsqueda de veneros de información alternativos que no solo suplan las omisiones y particularidades innatas de aquéllas, o arrojen luz sobre sus partes oscuras, sino que nos acerquen a la realidad de los grupos sociales estudiados y de la sociedad en su conjunto.

La primera tarea, la de la crítica de las fuentes generalizantes y su reutilización, se ha iniciado a través de dos tácticas tendientes a ubicar la realidad social y espacial de los datos.

Una, haciendo nuevas preguntas teóricas al atormentado material de esas fuentes tradicionales, de tal manera que inclusive en el tratamiento de temas "trillados" (la religión, el culto), los datos "viejos" adquieran otra dimensión y significado. Es la que podría llamarse una "recuperación crítica" de las fuentes vía la teoría. De esta manera se han hecho ya importantes aportes al conocimiento de los "...fundamentos económicos del desarrollo de las sociedades de Mesoamérica, [al de]... las estructuras sociopolíticas, vistas en relación con los sistemas de producción y distribución y hacia la emergencia y el crecimiento de las ciudades, de las clases y de los estados." (Palerm 1973:10). Palerm analizó esta cuestión al observar que el interés por el estudio de la agricultura de regadío en Mesoamérica, que comenzó apenas hace unos 30 años: "...no fue producto gradual de la acumulación de evidencia empírica. Tampoco fue el resultado del descubrimiento de nuevos hechos traídos a la luz por la actividad rutinaria de la arqueología, la etnohistoria y la etnografía [ino que]... en éste como en otros muchos casos, las formulaciones teóricas precedieron a la existencia y aun a la búsqueda de evidencias empíricas... La influencia de estas teorías forzó a los investigadores a buscar y descubrir nuevos tipos de hechos y también a reconsiderar datos viejos." (1973:9). Se refería a las teorías de Wittfogel, Childe y Steward (más a la influencia de Marx y Weber). En este mismo sentido, aunque no siempre por la influencia de tales autores, están una buena cantidad de trabajos hechos en tiempos recientes sobre la agricultura prehispánica y colonial temprana, sobre la organización laboral para la producción de tributos y para la construcción de obras públicas, sobre el comercio y otras formas de intercambio, etc.

Ha sido precisamente la teoría la que ha permitido empezar a deshacer una concepción, muy occidental por cierto, respecto a un supuesto desequilibrio entre lo económico y lo "espiritual" en el mundo mesoamericano anterior a la invasión colonial. En su base está una pretendida verdad evidente: la simplicidad agrícola y tecnológica que habría caracterizado a Mesomérica. La pregunta que se formula es: ¿cómo pudo existir una tan fantástica cultura intelectual con una base económica y tecnológica tan pobre, tan modesta? No parece aventurado decir que lo que aparece como una descompensación entre estos dos ordenes, el material y el espiritual, no es sino el resultado de un punto de vista muy particular, en el que coinciden sospechosamente diversas corrientes teóricas, según la cual la única vía para la producción de excedentes

agrícolas ha sido y es la adopción de instrumentos de trabajo más “evolucionados”. También hay quien piensa que esa “fantástica cultura intelectual” no fue producto de una evolución autóctona gradual sino de su traslado o importación desde el Viejo Mundo o hasta de otro planeta.

Respecto a este punto particular puede afirmarse que las investigaciones recientes están mostrando la existencia de formas alternativas al desarrollo tecnológico vía instrumentos, en la organización eficiente de la fuerza de trabajo así como del manejo y explotación de sistemas agrícolas, plantas cultivadas y nichos ecológicos.

La segunda manera en que se está llevando a cabo la crítica de las fuentes generalizantes y de sus elaboraciones posteriores ha consistido en la realización de síntesis coherentes y críticas de los conocimientos acumulados para situar adecuadamente el estado y avance alcanzados sobre determinadas temáticas, que conduzcan al conocimiento de las lagunas y al planteamiento de nuevas interrogantes. En este sentido se realiza actualmente un esfuerzo alrededor de la historia de la agricultura en México, desde su “invención” cinco milenios antes de nuestra era, hasta la actualidad (cf. Florescano, 1978).

La búsqueda de nuevas fuentes de información se considera uno de los quehaceres más importantes y fructíferos para lograr la recuperación y revalorización del proceso histórico indígena y campesino. Es uno de los medios más indicados para llegar a romper el círculo vicioso de las fuentes generalizantes y de las visiones simplistas de sus seguidores. Es, ante todo, una táctica de investigación, un medio con el que se pretende recuperar la escamoteada realidad cotidiana de los diferentes grupos sociales, a través de información de primera mano y sobre todo en aquellos campos tradicionalmente omitidos. Y este es un punto importante de aclarar: la búsqueda documental que nos hemos impuesto muchos de nosotros y que priva en algunos centros de trabajo como tarea esencial de la investigación etnohistórica no es indiscriminada: estamos explorando temas y problemas de importancia teórica que son esenciales para la recuperación de la *historia compleja de los grupos indios y campesinos*.

La tarea se desarrolla en tres frentes o direcciones principales: el estudio de los documentos en escritura tradicional indígena, es decir, las pictografías o glifos de los códices (¡y que no cesaron de hacerse con la conquista!), el análisis de documentos de archivo escritos en caracteres latinos, tanto los de lenguas indígenas como los de español (con la diversi-

dad de orígenes y finalidades con que fueron producidos) y, por último, el trabajo de campo contemporáneo que persigue la recuperación de la tradición y el conocimiento ancestral de los campesinos actuales.

La documentación de archivo es sin duda la más importante y específica y la que ha permitido los mayores avances de los años recientes. Se trabajan todo tipo de acervos, lo mismo los nacionales (Archivo General de la Nación, Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria, Archivo del Museo Nacional de Antropología, Archivo de la Biblioteca Nacional), que los notariales, municipales, estatales, parroquiales y privados. Algunos proyectos de investigación se han propuesto incluso como uno de sus principales objetivos la publicación de colecciones documentales. La diferencia que puede establecerse entre este esfuerzo reciente (desarrollado principalmente en el CISINAH) y los que los antecedieron en los últimos ciento cincuenta años (Ramírez, García Icazbalceta, Paso y Troncoso, Núñez y Domínguez, etc.), es que la actual es una búsqueda selectiva, que está orientada por el interés en determinadas temáticas (las socioeconómicas), en áreas geográficas ricas desde el punto de vista de sus acervos. Investigación documental y temática son, de esta manera, una misma tarea, propia del que ejerce el oficio, que redundan en el conocimiento de una situación regional específica pero que está permitiendo la comparación y la generalización hecha sobre bases más seguras. El contrapunto se establece con los estudios que sólo utilizan fuentes generalizantes (que además se refieren casi siempre, como bien lo observa Carrasco, a la situación del valle de México) y que extienden sus conclusiones a toda el área mesoamericana.

El manejo riguroso de las fuentes pictográficas y de los documentos en lenguas indígenas está aun bastante limitado debido a que su empleo requiere de labores previas minuciosas y muy especializadas de traducción y lectura y de ediciones especiales ampliamente anotadas (Kirchhoff 1976). Es una tarea lenta pero que no ha cesado de realizarse en centros como la Universidad Nacional (UNAM) y el CISINAH.

Los estudios regionales que se han emprendido en los últimos años combinando con rigor documentos de archivo y códices indígenas han puesto de manifiesto la bondad de su empleo. No sólo han permitido documentar hechos ocurridos tan atrás como el siglo XI, sino extrear información sobre la historia de los pueblos representados y construir monografías en las que se descubren y delinean las diferencias y particularidades del desarrollo histórico de las diversas regiones. Estos

estudios, en palabras de Pedro Carrasco, son: "... los que permitirán ir más allá de las generalizaciones fáciles pero infundadas que, de acuerdo con las modas teóricas del momento, han predominado en las interpretaciones generales de la antigua sociedad mexicana." (1977:XIV).

## BIBLIOGRAFIA

- CARRASCO, Pedro. "Prefacio" In García, Luis Reyes (organizador), *Cuauhtinchan del siglo XII al XVI*. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, p. XIII-XV, 1977.
- FLORESCANO, Enrique. Los estudios económicos sobre la época prehispánica. *Cuaderno de Trabajo* 21, CIS-INAH, 1977.
- . (organizador) Anteproyecto de una historia de la agricultura en México, 1978.
- KIRCHHOFF, Paul. "Carta del Dr. Kirchhoff" In Kirchhoff, Paul, Guemes, Lina Odena y García, Luis Reyes (organizadores), *Historia Tolteca Chichimeca*. México, CIS-INAH, INAH-SEP, p. 3-4, 1976.
- PALERM, Angel. *Obras Hidráulicas Prehispánicas en el Sistema Lacustre del Valle de México*. México, SEP-INAH, 1973.
- REYES, Luis. *Documento. Programa de Etholinguística*. México, 1979.
- WARMAN, Arturo. "Algunas ideas sobre el mercado de trabajo profesional" In *Encuentro Nacional de Profesionales en Antropología y Sociología*. México, PRI, IEPES, CNOP.